

SOCIOS EN LAS BUENAS Y EN LAS MALAS

Óscar Arias Sánchez
Presidente de la República de Costa Rica
Conferencia Internacional de seguimiento sobre la Financiación para
el Desarrollo, encargada de examinar la aplicación del Consenso de Monterrey
Doha, Qatar
29 de noviembre de 2008

Amigas y amigos:

Es para mí un honor encontrarme en suelo árabe, en donde aún siente mi sangre efluvios de su pasado. El mundo islámico acompaña el linaje de toda la estirpe descendiente del pueblo español, que en medio de locuras y mestizajes ha ido forjando aquello que llamamos Latinoamérica. Mi tierra de realismo mágico y encanto, guarda también su porción morisca. Es por eso que mi visita, desde una de las regiones más jóvenes del mundo a una de las más antiguas, constituye también un retorno, un retorno a las raíces que nutren nuestra cultura y nuestra historia.

La discusión que hoy nos convoca es una de las más fundamentales de nuestra era moderna. Es una discusión de bases éticas, una discusión sobre la solidaridad que debe imperar en medio de un mundo globalizado. A estas alturas, es ya indiscutible que nuestros destinos nacionales están cada vez más determinados por el progreso o retroceso de toda la humanidad. Las fronteras podrán dividir nuestros territorios, pero no dividen nuestros problemas ni nuestros desafíos.

Quizás no exista una muestra más palpable de este fenómeno, que la crisis energética, financiera, alimentaria y climática que actualmente nos hace girar en un mismo remolino de pesimismo y confusión. Aquello que sucedió en una bolsa de valores neoyorquina, a miles de kilómetros de distancia del hogar de una madre latinoamericana, árabe o asiática, afectó su capacidad de comprar alimentos para sus hijos. Aquellas hectáreas de bosque que alguien deforestó en una selva tropical, significaron la ruina para el campesino indio que vio sus cosechas perderse en el calor de un largo verano. Los barriles de petróleo que los consumidores chinos adquirieron durante el último año, ocasionaron que el joven africano debiera abandonar sus estudios de secundaria, para contribuir económicamente en su hogar. Si hemos sufrido colectivamente los infortunios de nuestra especie, ¿cómo es que aún seguimos sin compartir las ganancias?

El desarrollo que todas las naciones del mundo hemos anhelado a través de los siglos, ha sido hasta ahora un banquete para los elegidos, en el que sólo algunos pueden sentarse a la mesa, pero todos debemos pagar la cuenta. No es justo que las naciones en vías de desarrollo estemos enfrentando actualmente las consecuencias de una crisis que no ocasionamos; pero es todavía más injusto que lo estemos haciendo sin la ayuda de las naciones responsables. Aquí mismo, en esta Cumbre, nos hemos dado cita todos los líderes del mundo para discutir el tema del financiamiento para el desarrollo, conforme con los compromisos adquiridos en Monterrey, y sin embargo, faltan en este recinto los representantes de algunos de los países más poderosos del planeta, encargados de otorgar ese financiamiento. La brecha entre los países pobres y los países ricos seguirá ensanchándose sin piedad, hasta que no aprendamos a ser socios en las buenas y en las malas.

Como mencioné en la reunión previa a este intercambio, existen tres temas que

Costa Rica considera indispensables en la discusión sobre el financiamiento para el desarrollo: la necesidad de mantener, o incluso acelerar, las metas propuestas por las Naciones Unidas, que obligan a los países desarrollados a otorgar, como mínimo, 0.7% de su Producto Interno Bruto a la ayuda internacional para el desarrollo; la necesidad de revivir el artículo 26 de la Carta de las Naciones Unidas; y la necesidad de incluir, en los mecanismos financieros internacionales, criterios que privilegien la inversión en desarrollo humano, en detrimento del gasto militar.

Esta crisis no puede ser abordada como un asunto esencialmente doméstico. Sus efectos han sido sentidos en los más alejados países del mundo, y es en esos países en donde más daño puede ocasionar. Las economías incipientes simplemente no podrán soportar la tempestad sin un flujo económico considerable, en calidad de ayuda internacional. Los países desarrollados tienen dos opciones: o destinan recursos a los países más pobres, o destinan recursos a combatir la inmigración proveniente de los países más pobres. Creo que la primera opción es la más rentable, y sin duda es la más ética.

El mundo en desarrollo es un mundo perennemente en espera. Su importancia ha sido, desde siempre, subsidiaria en la agenda de las naciones desarrolladas. La cifra fijada por las Naciones Unidas, ese 0.7% del Producto Interno Bruto en ayuda para el desarrollo, es una cifra minúscula en comparación con sus presupuestos. Mantenerla no ocasionará la bancarrota de nadie. Pero negarla, eso sí puede ocasionar la bancarrota moral, la quiebra del banco de la justicia, aquel banco del que nos hablaba Martin Luther King Jr. en uno de los discursos más poderosos de la historia universal.

Y es que de moral se trata. Ciertamente no constituye ningún blasón de honor que el gasto militar mundial ascienda a 3.300 millones de dólares diarios, mientras una sexta parte de la humanidad sobrevive en la más execrable pobreza. Si la comunidad internacional va a discutir el tema del financiamiento para el desarrollo, debe empezar por asegurarse de que el financiamiento sea, en efecto, para el desarrollo. Esto podría parecer una tautología, pero no lo es cuando algunas de las naciones más pobres del planeta prefieren apertrechar a sus ejércitos que educar a sus niños; no lo es cuando el dinero que gastan en un solo avión de combate, serviría para comprar 200.000 computadoras portátiles a niños de bajos recursos; no lo es cuando con la compra de un solo helicóptero, esos países pueden estar privando de una beca de 100 dólares mensuales a 5.000 jóvenes en riesgo de deserción escolar. Por doloroso que sea, muchas naciones en vías de desarrollo han convertido a sus poblaciones en carne de cañón, al negarles los recursos que requieren para una vida digna, por dedicarlos a sus aparatos militares.

En 1946, cuando aún se disipaba el humo de la peor guerra de la que el ser humano tenga memoria, los fundadores de las Naciones Unidas escribieron en el artículo 26 de la Carta de las Naciones Unidas: *"A fin de promover el establecimiento y mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, con la menor desviación posible de los recursos humanos y económicos del mundo hacia los armamentos, el Consejo de Seguridad tendrá a su cargo...la elaboración de planes... para el establecimiento de un sistema de regulación de los armamentos"*. La redacción de este artículo no es inocente. Emite un juicio que debe ser entendido en toda su extensión: el gasto en armamentos es un *desvío* de recursos humanos y económicos, es decir, un destino distinto al adecuado. Como mínimo, la Carta nos pide que aceptemos que el excesivo gasto militar tiene un infinito costo de oportunidad.

Ese artículo 26 ha sido hasta ahora letra muerta en el vasto cementerio de las intenciones de paz en el orbe. Pero en nosotros descansa la posibilidad de revivirlo, de

darle el contenido que soñaron quienes nos precedieron en esta lucha. La nuestra es una nación desarmada. Pero no es una nación ingenua. No hemos venido aquí a presionar por la abolición de todos los ejércitos. Ni siquiera venimos a presionar por la reducción drástica del gasto militar mundial. Pero una reducción gradual no sólo es posible, sino que es imperativa. Particularmente para las naciones en vías de desarrollo.

Sé bien que ningún país puede decidir cuántos recursos gasten los demás en armas y soldados. Pero sí pueden decidir cuánta ayuda internacional les brindan, y con base en qué principios. Es por eso que mi Gobierno ha dado a conocer el Consenso de Costa Rica, una iniciativa mediante la cual se creen mecanismos para perdonar deudas y apoyar con recursos financieros internacionales, a los países en vías de desarrollo, que inviertan cada vez más en protección del medio ambiente, educación, salud y vivienda para sus pueblos, y cada vez menos en armas y soldados. En otras palabras, esta iniciativa pretende premiar a los países en vías de desarrollo, pobres o de renta media, que *desvíen* cada vez menos recursos económicos y humanos a la compra de armamentos, tal y como lo manda el artículo 26 de la Carta de las Naciones Unidas. Hoy les pido su apoyo para convertir al Consenso de Costa Rica en una realidad. En este momento preciso, en esta crisis internacional, demostraremos si somos capaces de recompensar no sólo a quien gasta con orden, como hasta ahora, sino también a quien gasta con ética.

Amigas y amigos:

La historia de la ayuda para el desarrollo en el mundo ha sido, durante décadas, la historia de las *Mil y una noches*. En cada crisis, en cada momento culminante, iniciamos discusiones para el cambio, pero quedan pendientes para el día de mañana, exactamente como el final de los cuentos de la famosa narradora árabe. No podemos seguir por esta vía. Los Objetivos de Desarrollo del Milenio fueron palabras valientes, pero nunca serán más que palabras si no asumimos acciones aquí y ahora mismo; si no reforzamos los compromisos ya contraídos en materia de ayuda para el desarrollo; si no cumplimos las promesas formuladas en la Carta de las Naciones Unidas, y si no introducimos criterios éticos en los mecanismos financieros internacionales, que nos permitan premiar a quienes gastan en las personas y no en las armas.

Aún estamos a tiempo de convidar al banquete del desarrollo a las naciones excluidas. Aún estamos a tiempo de compartir las ganancias de esta economía global, que nos une en un manojito indisoluble de miedos y esperanzas. Aún estamos a tiempo, pero necesitamos estar a la altura, a la altura de la promesa que hemos sido en las páginas de la historia.

Muchas gracias.